

Louis Althusser

**SEIS
INICIATIVAS
COMUNISTAS**

Traducción de

GABRIEL ALBIAC

Primera edición en español, diciembre de 1977

Siglo XXI de España Editores, S. A.

Primera edición en francés, 1977

Librairie François Maspero, París

Título original: 22.^e Congrès

SEIS INICIATIVAS COMUNISTAS

Sobre el XXII Congreso
del PCF

por

LOUIS ALTHUSSER

ÍNDICE

AL LECTOR	1
INTRODUCCIÓN	3
PRIMERA INICIATIVA	13
SEGUNDA INICIATIVA	19
TERCERA INICIATIVA	21
CUARTA INICIATIVA	27
QUINTA INICIATIVA	31
SEXTA INICIATIVA	49

[Pág. 1]

AL LECTOR

Éste es el texto de las observaciones presentadas el 16 de diciembre de 1976, en un anfiteatro de la Sorbona, como introducción a un debate público, a invitación del Círculo de Filosofía de la Unión de Estudiantes Comunistas.

He querido conservar, en sus limitaciones y sus tesis, la argumentación original.

Me he contentado tan sólo con hacer algunos pasajes más sencillos y más claros, o bien más explícitos.

L. A.

6 de mayo de 1977

[Pág. 2 en blanco]

Agradezco al Círculo UEC de Filosofía de la Sorbona el haberme invitado a este debate. Se me ha dejado en libertad de escoger mi tema. Y he pensado que no había hoy, en Francia, no sólo ya para los comunistas, sino incluso para todos aquellos que quieren acabar con la dictadura de la burguesía, con su explotación, su opresión, su cinismo y sus mentiras, tema más importante que el del XXII Congreso del Partido Comunista Francés.

Presentaré, pues, una serie de breves observaciones sobre la repercusión del XXII Congreso.

Y, para que quede clara mi posición, diré que considero el XXII Congreso como un *acontecimiento decisivo*, como un “viraje” capital en la historia del partido comunista y del movimiento obrero franceses. Las reservas que pueda formular acerca de tal o cual punto se inscriben, por adelantado, dentro de esta perspectiva.

Tratándose, pues, de un acontecimiento de tal importancia, queda claro que uno no puede únicamente limitarse a la historia política francesa, a las particularidades del congreso y [Pág. 4] de su desarrollo, ni tan sólo a la literalidad de sus decisiones y formulaciones.

Es preciso ir más allá de las manifestaciones inmediatas, es preciso investigar *en qué condiciones* ha tenido lugar el XXII Congreso: de qué historia se ha tratado de salir y qué historia se ha tratado de construir.

Es preciso, pues, comprender cuáles son, no sólo a escala nacional, sino también mundial, los problemas económicos y políticos que han provocado el XXII Congreso. Es preciso comprender *a qué problemas generales* ha querido dar respuesta, y por qué les ha dado las respuestas que de todos son conocidas.

Para ello, es indispensable tomar perspectiva, y situar el XXII Congreso en su fecha, 1976; en la historia del imperialismo, “período de las revoluciones” (Lenin), y en la historia del movimiento comunista internacional.

Y si el imperialismo está en crisis, es preciso añadir: también lo está el movimiento comunista internacional.

Diré, pues, que es imposible comprender el XXII Congreso si uno no tiene en cuenta *dos grandes hechos* que dominan la situación política e interesan a centenares de millones de hombres en el mundo:

1, por una parte, la agravación de la crisis del imperialismo;

2, por otra parte, la acentuación de la crisis del movimiento comunista internacional.

[Pág. 5]

Tras la primera crisis del imperialismo, sancionada por la primera guerra mundial (1914-1918), y luego tras su segunda crisis (los años treinta), cuyas primicias revolucionarias fueron barridas por el imperialismo mediante el fascismo y mediante una segunda guerra mundial (1939-1945) –pero pagando, en cada ocasión, el alto precio de una revolución (Rusia) o varias revoluciones (China, Cuba)–, puede decirse que el imperialismo se encuentra hoy, por tercera vez en su historia, en una crisis prerrevolucionaria, cuyas formas son totalmente nuevas.

La cuasi imposibilidad de recurrir a la guerra mundial (solución-tipo de la crisis imperialista, que reparte el mundo destruyendo prodigiosas cantidades de capitales y de fuerza de trabajo) deja, en adelante, vía libre a la agravación larvada de las formas económicas y políticas de la crisis, en una escala hasta hoy desconocida. Al abrigo de lo que se denomina “la distensión”, en que la fuerza del movimiento popular en el mundo y el equilibrio del superarmamento de los USA y de la URSS mantienen paralizada la amenaza nuclear, *hay algo que pasa a ser posible* en el estrecho espacio en que las zonas de influencia pueden neutralizarse y allá donde el movimiento de masas sea suficientemente fuerte.

Bajo el efecto de la lucha de clases, obrera y popular, pese a todos los dispositivos *anti-* [Pág. 6] *crisis* puestos en funcionamiento por los Estados burgueses a continuación y como consecuencia de la crisis del 29, puede ceder un “eslabón”, aquí o allá, en el punto más débil de la “cadena”. Aquí o allá puede triunfar el movimiento revolucionario, pero bajo formas que suponen un larguísimo esfuerzo, múltiples etapas a franquear y la superación de grandes dificultades.

De hecho, *jamás* ha sido el movimiento de masas, el movimiento revolucionario obrero y popular, pese a graves reveses locales, y pese a los problemas que plantean los países socialistas, tan poderoso en el mundo. En los confines del mundo, el pequeño pueblo vietnamita puso de rodillas al imperialismo francés y derrotó en su propio terreno a la mayor potencia militar del mundo, los Estados Unidos de América. Con anterioridad a su victoria, la mayor huelga de la historia del mundo, en mayo del 68, en Francia, en su parcial encuentro abortado, pero fecundo a largo plazo, con la rebelión estudiantil y pequeñoburguesa, anunciaba que los tiempos habían cambiado.

El movimiento popular ha inventado nuevas formas de lucha, las mujeres y los jóvenes se han lanzado a la contestación y el combate, y también muchos otros; los objetivos de lucha se han extendido a las condiciones de trabajo y de vida, al problema de la vivienda, a los transportes, a la sanidad, a la escuela, a la familia, al entorno. Todo eso se produce no sin dificultades, por un lado, ni reticencias, por otro. Pero la oleada general es inmensa y sugiere la existencia de fuerzas insospechadas.

El movimiento de masas quebranta hoy a las grandes burguesías imperialistas en sus bastiones nacionales y se refuerza con la lucha de los pueblos del “tercer mundo” para afirmar, en las terribles dificultades que son de todas conocidas, pero también a favor de las contradicciones que reinan en el mundo, su independencia política, y para conquistar su independencia económica.

Pero, paradójicamente, mientras que las viejas divisiones del movimiento obrero tienden a atenuarse, e incluso a transformarse a veces, aquí o allá, en lucha unitaria (por ejemplo, en Francia, la Unión de la Izquierda), jamás la crisis del movimiento *comunista* internacional ha sido tan profunda: bien sea *abierto* (chino-soviético) o *llevado* (entre numerosos partidos comunistas y la URSS, bajo la cobertura de declaraciones de solidaridad).

Si dejásemos de situar el XXII Congreso en el seno de la contradicción fundamental de la lucha de clases (entre las masas obreras y populares por una parte y el imperialismo por otra) y en sus formas paradójicas (crisis del movimiento comunista internacional), correríamos el riesgo de no comprender ni la verdadera repercusión del XXII Congreso, ni sus problemas, ni sus contradicciones propias.

[Pág. 8]

Una vez dicho esto, es preciso no olvidar que el imperialismo, que actúa también sobre la crisis del movimiento comunista internacional, dispone aún de recursos considerables y de fuerzas enormes para hacer pagar a la clase obrera internacional, a los pueblos del tercer mundo, a sus trabajadores emigrados y a los países capitalistas subordinados la factura de su crisis y el mantenimiento, el restablecimiento o incluso el reforzamiento de su dominación sobre las zonas que controla.

Es preciso no olvidar que cada vez que, a lo largo de la historia, uno de sus “eslabones” ha saltado (Rusia, China, Cuba, etc.), el imperialismo ha sabido “sacarse las castañas del fuego”, inventar nuevas formas de explotación y de opresión, y relanzarse con mayor fuerza a partir de las bases conservadas. No olvidemos el horror de Vietnam y de Chile. No olvidemos tampoco Portugal.

Sería, por tanto, peligroso, en el contexto actual, subestimar la fuerza del imperialismo mundial, dominado por el imperialismo norteamericano, cuyo capital financiero es gigantesco y tentacular, su productividad considerable, sus formas de lucha de clase interior e internacional implacables, dotadas de los medios más poderosos, más variados, más insidiosos y más cínicos.

Sería igualmente peligroso subestimar a los representantes locales del imperialismo norteamericano, sus apoderados económicos y polí- [Pág. 9] ticos, como el Japón en Asia y Alemania Federal en Europa. Y como quiera que esta Alemania está dirigida por la socialdemocracia clásica, dotada de un gran peso en la Internacional Socialista, sería peligroso subestimar *la amenaza de una solución de recambio imperialista de tipo socialdemócrata*, cuya garra es ya muy poderosa sobre Europa (el ejemplo de Portugal, forzado a “reintegrarse a filas” bajo su chantaje financiero y político directo, es elocuente).

Sería igualmente peligroso subestimar la fuerza de una burguesía nacional que se halla, sin embargo, quebrantada en su política y amenazada directamente en su poder, como es el caso de la burguesía francesa. El hecho de que el Estado burgués esté dominado por la fracción monopolista, y que esta fracción imponga en él abierta y cínicamente su ley, no impide que ésta tenga que defender al mismo tiempo la *base de masa* de la que social y políticamente tiene necesidad, y no impide que cuando esta base se debilite o se desmenuce, esta misma fracción trate de recuperarla y devolverle la vitalidad.

Incluso en las ocasiones en que no puede cambiar ya de política general, puede aún la burguesía cambiar de hombres y de demagogia, puede jugar a fondo la totalidad de sus recursos, medidas económicas, presiones políticas, promesas de último minuto, artificios electorales y tantos otros medios, sin hablar [Pág. 10] naturalmente de violentas provocaciones para apoyar las grandes escenificaciones teatrales del miedo. No es puro azar el hecho de que detrás de Giscard se mantenga un Chirac, dispuesto a explotar a fondo, mediante una demagogia brutal, para salvar a la burguesía amenazada, el provecho del miedo que va a desencadenarse a cualquier precio.

Es preciso permanecer atentos a las variaciones de las formas de acción política de la burguesía, al juego de los medios, de las medidas y de los argumentos de que ésta dispone. Todo ello tiene consecuencias sobre el destino de la *base de masa* de la burguesía, y, por tanto, no sólo sobre las elecciones venideras, sino también, en el caso de que las pierda, sobre la reacción de la burguesía y la revancha que ésta prepara ya por adelantado.

Del mismo modo, pero a la inversa, y sobre un frente completamente distinto, sería peligroso subestimar, pese a la crisis abierta o larvada, las capacidades del movimiento comunista internacional: en algunos lugares son posibles tentativas para salir de este callejón sin salida histórica, por lo menos tendencialmente. Los primeros esfuerzos emprendidos por algunos partidos comunistas importantes constituyen al respecto un acontecimiento histórico de gran importancia, aun cuando su porvenir sea aún frágil.

Tales son, esquemáticamente resumidas, las condiciones históricas que es preciso retener, [Pág. 11] que es preciso considerar en su conjunto y en sus efectos dialécticos, con frecuencia paradójicos, para comprender lo que yo llamaría *las*

iniciativas del XXII Congreso: su sentido, su repercusión, su porvenir, al igual que sus límites y sus contradicciones.

[Pág. 12 en blanco]

El XXII Congreso se presenta a sí mismo como un congreso que hará época, y como un viraje en la historia del partido. ¿Por qué es un congreso “histórico”? Porque aborda, por primera vez, la historia actual de la lucha de clases en Francia *en nombre del socialismo*, afirmando que el paso al socialismo será *democrático*, y que el socialismo francés será *democrático*: “en libertad”.

El documento del congreso se sale, efectivamente, de lo ordinario: no es un análisis concreto de la situación concreta, es decir, un análisis del estado de la lucha de clases en Francia y en el mundo, sino un verdadero *Manifiesto político*, que expone a los franceses, y no sólo a la clase obrera, cuál es “la sociedad que los comunistas quieren para Francia: el socialismo”.

Diferencia importante: el XXI Congreso no hablaba de socialismo, sino ante todo del Programa Común. Ahora bien, todo el documento del XXII Congreso está centrado sobre el socialismo. Al hablar así abiertamente del socialismo, la intención del XXII Congreso ha sido [Pág. 14] la de superar un punto de vista limitado y, por tanto, táctico, que haría referencia tan sólo a la aplicación del Programa Común, para exponer una verdadera estrategia que, mediante el Programa Común, pero más allá del Programa Común, ha de conducir al socialismo.

La gran innovación del XXII Congreso es la de afirmar que *toda esta estrategia descansa sobre la democracia*. En todos los casos el partido se compromete a respetar el veredicto del sufragio universal y, por tanto, la alternancia política. El congreso declara que el pueblo francés no pasará al socialismo mediante la violencia o la constricción, sino democráticamente, mediante el sufragio universal.

Pero, al mismo tiempo, no oculta el partido que lanza todas sus fuerzas a una lucha que los resultados electorales se limitarán a sancionar. A partir de este momento emprende una gran campaña de reclutamiento, desarrolla vigorosamente sus células de empresa, interviene abiertamente y con fuerza, “a toda máquina”, en la lucha de clases, y hace todo lo posible para agrupar a las masas populares en torno a las consignas de sus reivindicaciones, del Programa Común y del socialismo. A partir de este momento advierte que el paso al

socialismo exigirá el desarrollo de poderosas luchas de masas: “Nada se producirá sin lucha”, y recuerda con insistencia que la unión “es la lucha”.

[Pág. 15]

Ahora bien, como nada existe jamás sin contradicciones ni problemas, es preciso recordar aquí, junto a esta iniciativa de gran alcance, y junto a las perspectivas de un socialismo sobre el que volveré más adelante, el carácter insuficiente de algunos análisis a los que el XXII Congreso se refiere implícitamente y de las fórmulas que de ellos deduce.

Sí, vivimos en la época del imperialismo, o “capitalismo monopolista” (Lenin), bajo la aplastante dominación de los monopolios, bajo nuevas formas de concentración financiera, de explotación, por consiguiente, en que los Estados desempeñan, al servicio de los *trusts*, un papel sin precedentes, dotándose de la armadura política e ideológica de ese papel.

La llamada teoría del “capitalismo monopolista de Estado” ha descrito adecuadamente los aspectos esenciales del proceso (extensión del sector productivo del Estado, drenaje del ahorro por medio del Estado en provecho de los *trusts*, aplastamiento de la representación democrática a todos los niveles), pero, a fuerza de fundarlo todo sobre una discutible interpretación de la “desvalorización del capital”, y a fuerza de centrarlo todo sobre el Estado nacional, no se dota de los medios necesarios para comprender las *formas mundiales* de la concentración financiera, su capacidad para colocarse en la explotación y la especulación en función de la lucha de clases mundial, para desplazar sus capitales (dinero, materias primas, [Pág. 16] máquinas, mano de obra) de un país a otro y “resolver” algunos de sus problemas mediante “la propia crisis”.

Corre el riesgo de no dar cuenta de las razones que hacen de la crisis monetaria y de la inflación fenómenos *mundiales* que afectan a los países imperialistas dominados por el imperialismo americano y a sus “representantes” regionales. Puesto que, si bien es cierto que el imperialismo está ante todo arraigado en cada nación imperialista y en sus estructuras de clase, la dialéctica del capital financiero mundial, de su mercado y de sus efectos está sometida a leyes que no se reducen a la existencia de los monopolios nacionales.

Y cuando se dice que la crisis es “global”, o “estructural”, si se trata de significar con ello que es de largo alcance y que pone en cuestión las propias relaciones de producción capitalistas, así como todas sus formas de existencia (explotación, política, ideología), y que, por tanto, puede quebrantar la dominación de la burguesía nacional, ello es justo. Pero es preciso igualmente considerar que esta crisis se extiende más allá de nuestras fronteras, que la salida no será en todas partes la misma y que, si la izquierda vence, habrá de afrontar esta crisis: no sólo en sus raíces nacionales, sino en sus efectos internacionales, que no en todos los casos están al alcance de la mano.

Y para hablar finalmente de política, no es constatando que “la economía francesa” está [Pág. 17] dominada por 25 *trusts* gigantes + 500 ejecutivos +

500.000 grandes burgueses como puede uno plantearse y resolver el problema *político* del poder de clase burgués en toda su complejidad y su amplitud. Puesto que este poder toma siempre la forma política y social de lo que Gramsci llamaba “bloque en el poder”, que asocia directa o indirectamente varias fracciones de clase bajo la dominación de la fracción monopolista. No es posible, por tanto, saldar el problema político de la base de masa de la dominación de la burguesía en tanto clase mediante una simple constatación económica, puesto que la política no se reduce a la economía y, como clase, la burguesía no se reduce a su fracción monopolista, que, sin embargo, la domina en forma aplastante. Si, en tanto clase, la burguesía se viera políticamente reducida a su fracción monopolista, no se mantendría en pie ni un cuarto de hora.

Cuestión ésta que va, evidentemente, mucho más allá de las próximas elecciones y de su desenlace.

No se trata, en este caso, de una observación “abstracta”, o “teórica”, sino de realidades concretas, que han encontrado ya su sanción en el famoso “techo” electoral, o en otras limitaciones, cuya responsabilidad ha sido con excesiva rapidez endosada sobre las espaldas de tal o cual causa secundaria (la “televisión” o cualquier otra), cuando en realidad se trata de *límites*, de *funciones* y de *efectos políticos de [Pág. 18] clase*, definidos y, por tanto, definibles y analizables en cada caso.

Se trata de realidades que encontrarán evidentemente su sanción en otras dificultades distintas del “techo” electoral el día en que éste se vea superado: dificultades distintas y de distinto modo temibles. Porque si “los monopolios” salen derrotados de un escrutinio, y la burguesía queda por un tiempo desamparada, no por ello abandonará el combate.

Todo dependerá entonces de las fuerzas populares: de su unión, de su lucidez y de su valor.

El XXII Congreso ha tenido el mérito de sacar, en su línea política, las conclusiones derivadas de los importantes cambios acontecidos en el mundo. Si su línea política traza una perspectiva nueva, es porque las relaciones de clase han cambiado y porque las masas lo sienten en su propia lucha, por muy duras que sean estas luchas en período de inflación y de paro.

G. Marchais ha expresado esta experiencia histórica al insistir sobre el hecho de que las cosas habían cambiado y que también el partido debía cambiar.

Sí, la “guerra fría” se ha alejado, pese a la existencia de focos muy peligrosos, como Oriente Medio y el África austral, donde el imperialismo americano interviene bien directamente o bien a través de sus lacayos. Sí, la crisis económica del imperialismo quebranta el poder político de la burguesía y da un mayor número de oportunidades a la lucha de la clase obrera y popular. Sí, nuevas capas sociales se han visto precipitadas al estado de asalariadas y se unen a la clase obrera en su lucha. Una nueva correlación de fuerzas nos permite per- [Pág. 20] cibir una perspectiva sin precedente: *por vez primera en la historia, el paso al socialismo puede ser pacífico y democrático* en uno u otro lugar. Por vez primera aparece en el horizonte de la historia una forma de socialismo que no sea la de la “sordidez”, la de la constricción o incluso la de la represión: un socialismo realmente democrático. Esta oportunidad histórica es lo más opuesto a una simple casualidad. Es el resultado de una larguísima lucha: es preciso comprenderlo.

El XXII Congreso ha sabido comprender la lección de las exigencias objetivas, de la experiencia y de las reivindicaciones populares de nuestro país. Si habla de “socialismo con los colores de Francia”, lo hace para aludir, en su lenguaje, a la larga tradición revolucionaria francesa, la cual, por su parte, ha unido siempre también la libertad a la revolución. Va más allá de la desaprobación de la ocupación militar de Checoslovaquia, para poner en el centro de su estrategia la defensa de las libertades, la lucha por libertades nuevas, e identificar el socialismo vivo con la libertad viva.

Pero como jamás nada se desarrolla sin contradicciones ni problemas, es preciso señalar que el mismo partido comunista, que habla tan generosamente de libertad para el pueblo, permanece silencioso sobre las actuales prácticas del

centralismo democrático, es decir, sobre las formas concretas de la libertad de los comunistas en su propio partido.

El XXII Congreso ha adoptado una posición nueva frente a la crisis del movimiento comunista internacional.

La paradoja consiste en que el congreso ha hablado de ello *alusivamente*, sin proporcionar análisis alguno de esta cuestión capital: y su silencio no deja de tener un peso sobre la historia que trata de hacer.

La paradoja consiste en que la crisis del movimiento internacional ha sido tratada “por la banda”, indirectamente: bajo la forma del “abandono de la dictadura del proletariado”.

Ahí tenemos, de cualquier modo, un caso en que es preciso tomar distancia y no contentarnos con aceptar las decisiones y las fórmulas *al pie de la letra*. Porque lo que se halla en entredicho es algo mucho más importante de lo que las explicaciones propuestas hacen suponer.

Se dice, efectivamente: “Después de Hitler, Mussolini, Franco, etc., la palabra *dictadura* se ha hecho *intolerable*”. Se dice: “El *proletariado*, núcleo central de la clase obrera, es una [Pág. 22] noción *demasiado estrecha* para la vasta unión popular que perseguimos”.

Ahora bien, el que la clase obrera (o el proletariado) se halle en el corazón de una vasta alianza popular, indispensable, vital para su lucha de clase, está en línea de continuidad con el pensamiento de Marx y de Lenin. El XXII Congreso no hace más que recuperar una tesis clásica, al hablar del “papel dirigente” de la clase obrera en una vasta alianza popular. No hay, por tanto, problema serio acerca de este punto.

Por el contrario, es difícil tomarse en serio el argumento acerca de la palabra *dictadura*, puesto que este argumento es incompleto. Le falta algo muy importante, dentro de la propia perspectiva del XXII Congreso. La enumeración de los ejemplos proporcionados para mostrar que la palabra “dictadura” es intolerable comprende a Hitler, Mussolini, Franco, Pinochet, etc. Pero se olvida de mencionar a Stalin: no sólo al individuo Stalin como tal, sino a la estructura y la confusión del partido y del Estado soviéticos, la línea, la “teoría” y las prácticas impuestas por

Stalin durante cuarenta años, no sólo en la URSS, sino en los partidos comunistas del mundo entero.

No pretendo afirmar que las cosas sean sencillas, y no se trata en ningún momento de reducir la realidad social de la URSS a las prácticas estalinianas. Pero el fascismo es el fascismo: y los trabajadores han podido saber rápidamente qué es lo que de él podían aguardar. Por el contrario, esperaban del socialismo soviético, cargado de todas las esperanzas de emancipación y de liberación, algo muy distinto del régimen de terror y de exterminio de masas que ha reinado bajo Stalin a partir de los años treinta, y de las prácticas que persisten en la URSS sesenta años después de la revolución y veintidós después de la muerte de Stalin. Sí, han existido el Ejército rojo, los guerrilleros y Stalingrado, realidades inolvidables. Pero también han existido los procesos, las confesiones, las matanzas, los campos de concentración. Y muchas de estas cosas persisten aún.

Los comentaristas del abandono de la dictadura del proletariado decían: “dictadura = Hitler + Mussolini, etc.”. En realidad decían *también* otra cosa sin decirlo: “dictadura = estalinismo”. En realidad decían: “*No queremos nunca más ese tipo de socialismo*”.

Es así por lo menos como las palabras se abren camino en las cabezas, puesto que no son las palabras las que deciden acerca de su sentido, sino sus ecos.

Es por ello por lo que no hay la menor duda acerca de que, bajo la forma del “abandono”, o más bien del *sacrificio simbólico* de la dictadura del proletariado, el XXII Congreso mató [Pág. 24] dos pájaros de un tiro: al mismo tiempo que adoptaba la nueva estrategia del socialismo democrático (un socialismo *distinto*), adoptaba de hecho, una nueva posición referente a un aspecto decisivo de la crisis del movimiento comunista internacional (las relaciones con la URSS). La ventaja de esta nueva posición viene dada por el hecho de que el XXII Congreso ha dado razones para pensar que en adelante es posible, al menos parcialmente, salir de esta crisis y de su callejón sin salida. Pese a sus límites actuales, esta iniciativa puede ser fecunda.

En esta perspectiva, el “abandono” de la dictadura del proletariado ha jugado su papel de acto simbólico, al permitir presentar de forma espectacular la ruptura con un determinado pasado, hundido en la vaguedad por las palabras, al mismo tiempo que abría la vía a un socialismo *diferente* (del que reina en la URSS).

Todo ello se ha desarrollado evidentemente “a espaldas” del concepto, es decir, del sentido teórico de la dictadura del proletariado. Puesto que el “abandono” de un concepto teórico (que —¿será acaso preciso recordarlo?— no es pensable por sí solo, sino que forma cuerpo con un conjunto de conceptos) no puede ser objeto de una decisión política. Todo materialista sabe, ya desde

Galileo, que la suerte de un concepto científico, que refleja objetivamente un problema real de múltiples implica- **[Pág. 25]** ciones, no puede ser objeto de una decisión política. Se puede “abandonar” la dictadura del proletariado, pero tarde o temprano se la reencontrará a partir del momento en que se hable del Estado y del socialismo.

[Pág. 26 en blanco]

Tampoco en este plano se han dicho las cosas con claridad en el XXII Congreso, pero son importantes, y es preciso descifrarlas.

Se trata de la consigna de “*unión del pueblo de Francia*”, que G. Marchais había propuesto ante el XXI Congreso y que el XXII Congreso recupera con toda su fuerza.

Esta consigna no es una simple reivindicación de la consigna de unión de la izquierda. Es más amplia que ésta y de una naturaleza distinta: y ello porque no sólo designa la unión o la unidad de acción de las organizaciones políticas de izquierda, partidos y sindicatos.

¿Cómo se debe comprender la consigna de unión del pueblo de Francia?

En el mejor de los casos, se puede concebir que la unión del pueblo de Francia se convierta en algo más que un simple medio de “reequilibrio” electoral, apuntando, más allá de las organizaciones de izquierda, hacia las propias masas populares.

¿Por qué es preciso dirigirse así a las masas populares? Para decirles, aun cuando sea aún a medias, que les será necesario *organizarse* [Pág. 28] de manera autónoma, con formas originales, en las empresas, los barrios, los pueblos, en torno a las cuestiones referentes a las condiciones de trabajo y de vida, en torno a las cuestiones de la vivienda, de la enseñanza, de la sanidad, de los transportes, del medio ambiente, etc., para definir y defender sus reivindicaciones, en primer lugar para preparar el advenimiento del Estado revolucionario, y a continuación para sostenerlo, estimularlo y al mismo tiempo forzarlo a “extinguirse”. Semejantes organizaciones de masas, que nadie puede definir por adelantado y en lugar de las masas, existen y buscan sus formas específicas, ya en la actualidad, en Italia, en España y en Portugal, donde juegan un papel importante, pese a todas las dificultades.

Si las masas se apropian de la consigna de unión del pueblo de Francia, y la interpretan en este sentido de masa, se reinsertarán en toda una tradición viva de luchas populares de nuestro país y podrán contribuir a dar un contenido nuevo

a las formas políticas mediante las cuales se ejercerá el poder del pueblo trabajador bajo el socialismo.

Hay algo que puede madurar en la unión del pueblo de Francia, algo que fue destruido por las prácticas estalinianas y que está en la médula de la tradición marxista y leninista: algo que concierne a la relación entre el partido y [Pág. 29] las masas: *otorgar la palabra a las masas*, que son quienes hacen la historia, ponerse no sólo “al servicio de las masas” (consigna que puede también ser reaccionaria), sino *a su escucha*, estudiar y comprender sus aspiraciones y contradicciones, sus aspiraciones en sus contradicciones, saber permanecer atento a la imaginación y a la inventiva de las masas.

Las actuales condiciones de amplio reclutamiento del partido pueden ser favorables a estas prácticas democráticas de masa y a otras audaces prácticas (la apertura de las reuniones de célula y de sección y de la prensa del partido a trabajadores que no sean miembros del partido), al igual que, en términos generales, a todo aquello que pueda servir para los debates y las acciones comunes de comunistas y no comunistas.

Pero como nunca sucede nada sin contradicciones ni problemas, hay que señalar aquí un riesgo: el riesgo de que la consigna de unión del pueblo de Francia se quede en algo, si no puramente verbal, al menos táctico, sin dar lugar a las amplias prácticas innovadoras que en sí encierra; el riesgo de reducirla a una forma de voluntarismo encaminada a extender la influencia del partido más allá de la unión de la izquierda. No es que una ganancia electoral carezca de significación, no es que una ganancia de influencia carezca de significación. Pero las ganancias del partido están muy lejos de [Pág. 30] agotar la riqueza que en sí encierra la consigna de la unión del pueblo de Francia.

Es, pues, preciso librar una batalla política y ganarla para dar a la consigna de unión del pueblo de Francia su sentido más fuerte, aquel que pone en juego el porvenir de la lucha de la clase obrera y popular: *su sentido de masa*.

El XXII Congreso nos ha enseñado en varias ocasiones a ser muy prudentes con las palabras. Aquí tenemos el más sorprendente de los casos.

Considero, en efecto, que hay que reconocerle al XXII Congreso un mérito paradójico. Paradójico: porque no sólo el congreso guarda silencio acerca de este mérito, sino que, por así decirlo, ha retrocedido ante él. Al decidir abandonar la dictadura del proletariado, que desde hace mucho tiempo se había convertido en una simple fórmula de reconocimiento, carente de significado teórico, al margen de la transformación [*travestissement*] que Stalin había introducido en ella (y, de hecho, no ha sido publicado por el partido, con anterioridad al congreso, ningún estudio serio sobre la cuestión), el XXII Congreso, por primera vez desde el congreso de Tours, *ha sacado públicamente a la luz* cuestiones teóricas y políticas de principio, ligadas a la dictadura del proletariado.

Poco importa a fin de cuentas cómo sucedieron las cosas en detalle. Tenemos cosas más importantes que hacer que dedicarnos a some- [Pág. 32] ter el inhabitual procedimiento del XXII Congreso a un examen jurídico. También aquí las cosas tienen más importancia que las palabras. Tenemos que reflexionar sobre el siguiente hecho: lo haya querido o no, el XXII Congreso ha obligado a reflexionar sobre una cuestión oscura u oscurecida para la mayor parte de los militantes. El XXII Congreso provoca ya, y va a provocar cada vez más, la reflexión sobre el concepto de dictadura del proletariado, a partir de las cuestiones concretas de las que él mismo habla: por ejemplo, la cuestión de la dictadura de la burguesía, la cuestión del Estado, la cuestión del socialismo, la cuestión de la “destrucción” del Estado burgués y de la “extinción” del Estado popular.

No habrá, en efecto, quien quite a los trabajadores de la cabeza la idea de que las duras condiciones de trabajo y de vida descritas por el documento del XXII Congreso son, de hecho, las que les impone la *dictadura de clase o dominación de clase* de la burguesía. Bien saben que la dictadura de clase de la burguesía no se reduce a sus simples fórmulas políticas, por lo demás “democráticas y parlamentarias” en Francia, sino que se extiende desde las peores formas de la explotación económica hasta las más groseras de la presión y del chantaje ideológico, a veces apoyadas en el puro y simple gangsterismo. Los trabajadores

tienen a diario la experiencia concreta de la interven- [Pág. 33] ción del Estado burgués en la explotación económica y en la dominación ideológica.

No habrá tampoco quien saque de la cabeza de los trabajadores la idea de que el proletariado existe, se le llame “núcleo central de la clase obrera”, se le llame incluso clase obrera o como se quiera. Saben que tras esta palabra hay algo que existe y que resiste. G. Marchais se hizo comprender cuando, hablando hace poco a los peones, los llamó “proletariado de los tiempos modernos”.

Ahora bien, hay que tenerlo bien claro, es esta experiencia de la “*dictadura de clase*”, o, si se prefiere, la antigua consigna del *Manifiesto comunista* que hace referencia a la *dominación* de clase de la burguesía, experiencia que la clase obrera y las masas populares constatan cada día, la que detenta el secreto de la famosa fórmula: “*dictadura del proletariado*”, o dominación de clase del proletariado y sus aliados. Digo: y sus aliados, porque jamás, en la tradición marxista, se ha hablado de la dominación de clase del proletariado solo.

Ahora bien, la *forma política* de esta dictadura o dominación de clase del proletariado es la “democracia social” (Marx), la “democracia de masas”, la “democracia hasta sus últimas consecuencias” (Lenin). Pero, en tanto que dominación de clase, esta dominación de clase no se reduce tan sólo a sus formas políticas: es al mismo tiempo dominación de clase en la producción y en la ideología.

[Pág. 34]

Es esta nueva dominación de clase (llamada dictadura del proletariado por Marx y Lenin) lo que se va a oponer a la dominación de la clase burguesa (llamada dictadura de la burguesía por Marx y Lenin): dicha dictadura del proletariado transformará poco a poco las formas de explotación, las formas políticas e ideológicas burguesas “destruyendo” o revolucionando la “máquina de Estado” de la burguesía, que no es otra cosa que el Estado de la dominación (dictadura) de la clase burguesa.

Si captamos adecuadamente este punto podremos salir del absurdo dilema entre teoría pura o puro relativismo histórico. Comprenderemos que la expresión puede conservar intacto su valor teórico, al mismo tiempo que sirve para *pensar* elementos relativamente “contingentes”, es decir, sometidos a las “circunstancias”, o sea a las relaciones de fuerza existentes.

Porque una revolución no se hace cuando se quiere. Incluso cuando, tras los sangrientos fracasos del 48 y de la Comuna, se llega a la conclusión de que bajo el imperialismo la revolución “está al orden del día”, en general, es preciso *además* que se presente una “situación revolucionaria”, para que las masas populares puedan apoderarse del Estado burgués. No se escoge, pues, la hora de la revolución, y si no se escoge su hora, tampoco se escogen sus *formas de acción*.

Sólo cuando la correlación de fuerzas en la [Pág. 35] lucha de clases bascula en favor de las masas populares se abre una “situación revolucionaria”: pero es también la correlación de fuerzas la que decide acerca de las formas de acción revolucionaria posibles y necesarias. Cuando la burguesía se halla políticamente en condiciones de emplear la violencia, cuando la emplea, entonces las masas no pueden responder más que mediante la violencia revolucionaria. Pero si, al término de una larga lucha de clases y de duros sacrificios, la correlación de fuerzas resulta, en uno u otro lugar, al mismo tiempo *altamente favorable* al proletariado y a los trabajadores unidos, y *altamente desfavorable* al imperialismo mundial y a la burguesía nacional, entonces el paso pacífico e incluso democrático se hace posible y se impone.

Ni Marx ni Lenin fijaron jamás formas de acción *obligadas* absolutas para la toma del poder de Estado. No han excluido jamás, por consiguiente, siendo en ello consecuentes con su pensamiento, la posibilidad de un paso pacífico al socialismo. Pero, a menos de abdicar ante una “situación revolucionaria”, han reconocido que en general, en su tiempo, el proceso de la lucha de clases y la correlación de fuerzas eran de tal naturaleza que la burguesía utilizaría la violencia, y que a la clase obrera no le quedaba alternativa: también ella debía recurrir a la violencia para tomar el poder.

Ahora bien, uno puede razonablemente pensar que hoy, en función de la potencia de la [Pág. 36] lucha de las clases populares, de su influencia sobre amplísimas capas sociales, en función de la crisis del imperialismo, cuya intervención directa se encuentra paralizada aquí y allá, se puede pensar que, en función de la correlación de fuerzas a escala mundial, una correlación de fuerzas local en tal o cual país puede desembocar en posibilidades políticas sin precedente histórico. Es entonces cuando las formas de acción política pueden cambiar: pasar a ser pacíficas e incluso democráticas.

No es distinto lo referente a la más amplia alianza en torno a la clase obrera, que es, desde el *Manifiesto comunista* hasta Lenin y Mao, un constante leitmotiv en toda la tradición marxista, así como un objetivo fundamental y vital. Si el proletariado debiera estar solo en la lucha, decía Marx, se trataría de un “solo fúnebre”, de su suicidio.

Ahora bien, para que no se trate de una alianza circunstancial, para existir, esta alianza *ha de forjarse desde muy atrás*, llegar a ser duradera, sólida y tan amplia y profunda como sea posible. Ha de superar los límites de los partidos políticos y convertirse en patrimonio de todas las masas populares.

Pero tampoco llegados ahí podemos considerarnos dueños de todos los elementos de la situación. Si la lucha de clases desemboca en una “situación revolucionaria” mientras que la alianza de clase, incluso siendo amplia, es aún frágil, o si la contrarrevolución es suficiente- [Pág. 37] mente fuerte para triunfar, entonces, aun cuando la clase obrera esté en el poder, puede verse relativamente aislada y constreñida a recurrir a medidas violentas no sólo contra la burguesía

contrarrevolucionaria, sino también contra otras capas por ella arrastradas. De ahí que las formas de acción puedan también depender de la naturaleza de la alianza.

Decir que estas dos condiciones, correlación de fuerzas que permita el paso pacífico y democrático al socialismo, alianza lo más amplia y profunda posible en torno a la clase obrera, son elementos relativamente “contingentes” de la dictadura del proletariado significa que, por todo tipo de razones, estas condiciones pueden o no verse reunidas, entera o parcialmente, en el momento en que estalle una “situación revolucionaria”.

Es bien sabido que no estaban verdaderamente reunidas bajo la revolución del 17, en Rusia, cuando la situación revolucionaria impuso la toma del poder de Estado. Es bien sabido que estaban mucho más plenamente dadas en el 49 en China. La revolución tuvo lugar en Rusia, pues, en formas no pacíficas y con una alianza obrero-campesina que resultó ser frágil, y en China en formas no pacíficas, sobre la base de una alianza popular mucho más fuerte.

No voy a hablar de lo que sucedió a continuación. Tan sólo quiero ayudar a comprender qué relaciones existen entre un principio [Pág. 38] teórico y la historia, cómo pueden los principios teóricos verse representados en la historia, en la lucha de clases, cuando sus condiciones cambian (la historia no deja de cambiar), sin por ello quedarse a rastras de la historia, abandonados o anulados por ella.

Quiero hacer comprender, acerca de dos puntos muy sensibles a partir de Marx: 1, que la correlación de fuerzas puede permitir otras formas de acción, puesto que en definitiva es ella quien las impone, y 2, que es vital reforzar la más amplia alianza popular en torno a la clase obrera, pues no sólo la toma del poder de Estado, sino incluso la forma y el destino del socialismo venidero dependen de ello, y, por tanto, que para los revolucionarios las formas de acción dependen igualmente de la potencia de la alianza.

En torno a estas dos cuestiones, el paso pacífico y democrático y la más amplia alianza en torno a la clase obrera (que ejerce en ella el “papel dirigente”), el XXII Congreso –bajo la forma paradójica del abandono de la dictadura del proletariado– *ha disipado algunos errores*, que muchos camaradas podían tener entre ceja y ceja, acerca de la toma del poder de Estado y del socialismo, errores inspirados por la historia de la URSS, por la “teoría” y las prácticas estalinianas. *Pero*, a menos que tomemos las posiciones y las fórmulas estalinianas por *la verdad* de la larga tradición que va de Marx a Lenin, el XXII Congreso no ha [Pág. 39] aportado nada verdaderamente nuevo acerca de estas dos cuestiones. Simplemente ha recuperado por cuenta propia, en una coyuntura nueva, y con fuerza, tesis que Marx y Lenin no cesaron nunca de defender (el paso pacífico es, de derecho, posible; la más amplia de las alianzas es vital). *Ahora bien, estas tesis han formado siempre un solo cuerpo con la dictadura del proletariado.*

Y ello porque la dictadura del proletariado no es un concepto aislado que sea posible “abandonar” a su destino solitario (idea absurda, puesto que en una

teoría todo concepto forma cuerpo con otros conceptos). Por ello mismo implica otras tesis, que nos indican por adelantado, en principio, el escollo que a cualquier precio es preciso evitar, sin lo cual la revolución puede descomponerse, empantanarse e incluso fracasar.

Por lo demás, como todo el mundo sabe, abandónese o no la dictadura del proletariado, lo esencial de esta cuestión se *desplaza*, hoy, se *traslada a lo referente al socialismo y el Estado*.

Presentando el socialismo como lo ha hecho, esto es, como una sociedad regida por la *democracia generalizada* y la satisfacción *generalizada de las "necesidades"*, el XXII Congreso supone ya resuelto por estos medios un problema imaginario. Un responsable que no tenía miedo de las contradicciones habló con razón de "utopía concreta". Este problema es [Pág. 40] imaginario, puesto que no corresponde a la realidad de los problemas del socialismo, tal y como podemos concebirla no sólo en la teoría, sino *mediante la experiencia real*.

El socialismo no es presentado como lo que en realidad es: *un período de transición contradictoria* entre el capitalismo y el comunismo. Es presentado como una *finalidad* a alcanzar, y al mismo tiempo como el *término* de un proceso; digámoslo con todas las palabras para ser claros: *como un modo de producción estable*, que encuentra, como todo modo de producción, su estabilidad en *unas relaciones de producción* propias, que resuelven, según la fórmula clásica, las contradicciones entre las fuerzas productivas "desarrolladas" (y llegados a este punto se echará mano del apoyo de la "revolución científico-técnica") y las antiguas relaciones de producción superadas.

Ahora bien, tal concepción del socialismo es extraña a las ideas de Marx y de Lenin, y hay que decir también, si se pretende tratar de entender sus *dificultades*, que es extraña a la experiencia histórica concreta que tenemos de los países socialistas.

Para Marx y Lenin *no existe modo de producción socialista*, no hay *relaciones de producción socialistas*, derecho socialista, etc. El socialismo se identifica con la dictadura del proletariado, es decir, con una nueva *dominación de clase*, en la que la clase obrera asegura su papel dirigente sobre sus aliados mediante la [Pág. 41] más amplia democracia de masas para liquidar a la burguesía, expulsada del poder de Estado, pero aún poderosa. El socialismo es el "período de transición" (el único del que hablan Marx y Lenin) entre el capitalismo y el comunismo, un período *contradictorio* en que coexisten de manera conflictiva elementos capitalistas (por ejemplo, el régimen salarial) y elementos comunistas (por ejemplo, las nuevas organizaciones de masas). Se trata de un período esencialmente inestable, en el que la lucha de clases subsiste bajo "*formas transformadas*" inimaginables desde la perspectiva de nuestra propia lucha de clases, difíciles de descifrar, y que pueden, según cual sea la correlación de fuerzas y la "línea" seguida, o bien *retroceder* hacia el capitalismo, o bien *fosilizarse* en formas petrificadas, o bien *progresar* hacia el comunismo.

Todo lo que sabemos del socialismo por experiencia histórica (y estaríamos muy equivocados si juzgásemos sumariamente a los países socialistas en función de simples “faltas de democracia”, evidentemente “condenables”, como se suele decir para no indagar más) prueba también que este período histórico, *lejos de ser una sociedad en la que los problemas se resuelven por sí solos* (bajo el reino de las “necesidades”), es con toda probabilidad uno de los períodos más difíciles de la historia mundial por sus contradicciones, que es preciso, a cada paso, prever y superar, como si, [Pág. 42] para dar a luz finalmente al comunismo, la humanidad tuviese, aun después de conquistas sociales inapreciables, que pagar muy caro, en luchas, en inteligencia y en iniciativas, el derecho de lograrlo.

Esta concepción totalmente original del socialismo que encontramos en Marx y en Lenin conlleva una consecuencia capital. Contrariamente a los modos de producción, que son definidos por sus propias relaciones de producción, el socialismo no puede ser *definido por sí mismo*, por sus propias relaciones de producción, puesto que no posee en sentido estricto nada de ello, sino *por la contradicción* entre el capitalismo del que acaba de salir y el comunismo, cuya primera fase constituye: en función, por tanto, de su posición respecto del capitalismo, del que poco a poco sale, y del comunismo, que es su porvenir.

Muy en concreto, esto nos recuerda la consigna de Marx: el comunismo no es un ideal, sino “el movimiento real que se desarrolla bajo nuestros ojos”. Muy en concreto, esto quiere decir que la estrategia del movimiento obrero ha de tomar en cuenta esta dialéctica: *no puede ser la simple estrategia del socialismo*, necesariamente ha de ser la estrategia del comunismo, de lo contrario todo el proceso corre el riesgo, en uno u otro momento (y esto hay que preverlo), de fosilizarse y empantanarse.

Sólo a partir de la estrategia del comunismo puede ser concebido el socialismo en tanto que [Pág. 43] fase transitoria y contradictoria, y pueden, a partir de este momento, ser puestas en funcionamiento una estrategia y unas formas de lucha que no forjen ilusiones acerca del socialismo (del tipo “¡Última estación: abajo todo el mundo!”: la frase es de Lenin), sino que tratan al socialismo tal y como es, sin empantanarse en la primera “transición” con la que uno se encuentre.

Ahora bien, acerca de esta cuestión de gran perspectiva, el XXII Congreso responde, hay que confesarlo, por medio de una definición decepcionante, sostenida por un desbordante optimismo. Lejos de hacer hincapié *en la contradicción* decisiva que caracteriza esta “fase de transición” que es el socialismo, el XXII Congreso presenta al socialismo, que aportará inmensas ventajas a los trabajadores, como la *solución* general, no contradictoria y cuasi eufórica de todos los problemas. Manifiestamente, en lugar de pensar en la estrategia del comunismo, que es la única que permite *pensar esta contradicción*, preverla y descifrar sus formas, para dominar su movimiento, el XXII Congreso (y ello no disminuye el alcance de la primera iniciativa) piensa en una pseudoestrategia, la estrategia de un socialismo que corre el riesgo de *escamotear la contradicción*, y consiguientemente tratarla en forma inadecuada, no sólo en el

socialismo, sino también, consecuentemente, en el período que [Pág. 44] va a precederle, si la izquierda unida se alza con la victoria en las elecciones del 78.

Lo mismo sucede acerca de la cuestión del Estado.

No me refiero aquí a la toma del poder de Estado, que, si las correlaciones de fuerza a escala nacional e internacional lo permiten, puede ser pacífica y legal. No me refiero tampoco al Estado burgués, que, aun siendo “democrático”, seguirá en pie bajo la aplicación del Programa Común. Me refiero al Estado de la revolución socialista, suponiendo que su advenimiento pacífico sea posible.

Ahora bien, es justamente aquí donde la dictadura del proletariado deja sentir sus inevitables efectos, como los deja sentir en el caso del socialismo.

Porque Marx y Lenin han repetido que era preciso “quebrantar” este Estado burgués, instrumento de la dominación de clase burguesa, y, lo que constituye una idea aún mucho más importante, han puesto en relación esta “destrucción” del Estado burgués con la ulterior “extinción” del nuevo Estado revolucionario, “extinción” indispensable para que el socialismo no se fosilice indefinidamente, sino que desemboque en el comunismo. Dicho de otra manera, han pensado la “destrucción” del Estado burgués *también* sobre la base de la “extinción” y del “fin” de todo Estado. Ello deriva de *una tesis fundamental de Marx y de Lenin: [Pág. 45] no sólo el Estado burgués es opresivo, sino que lo es todo Estado.*

El XXII Congreso no podía, evidentemente, evitar encontrarse con la tesis de la “destrucción” del Estado burgués. También aquí, una vez más, hay que tener cuidado con las palabras, porque “destruir” es una palabra fuerte, que, al igual que la palabra “dictadura”, puede dar miedo cuando no se capta su sentido. Ahora bien, para que nos hagamos una idea concreta, he aquí un ejemplo. Dice Lenin: tenemos que “romper” el aparato de Estado parlamentario burgués. ¿Qué es lo que propone Lenin para “romperlo” (o “destruirlo”)? 1, la supresión de la división de los poderes legislativo y ejecutivo; 2, la supresión de la división del trabajo sobre la que aquélla descansa (trabajo teórico, trabajo práctico); y, *por encima de todo*, 3, la supresión del corte burgués que separa a las masas populares del aparato parlamentario.

Se trata de una “destrucción” muy particular que en este caso no tiene nada de aniquilación, sino que reelabora, reestructura y revoluciona un aparato ya existente, para que en él triunfe la dominación de una nueva clase, profundamente ligada a las masas populares. La cuestión queda así planteada, y hay que confesar que no se trata de una cuestión sencilla.

En realidad, y me gustaría que se sopesara cuidadosamente estas palabras, “destruir” el Estado burgués, para reemplazarlo por el Es- [Pág. 46] tado de la clase obrera y de sus aliados, *no consiste en añadir el adjetivo “democrático” a cada aparato de Estado* existente, es algo muy distinto a una operación formal y potencialmente reformista, algo que consiste en revolucionar en su estructura, en

su práctica y en su ideología los aparatos de Estado existentes, suprimir algunos de ellos, crear otros, algo que consiste en *transformar las formas de la división del trabajo* entre los aparatos represivos, políticos e ideológicos, *revolucionar sus métodos de trabajo y la ideología burguesa* que domina sus prácticas, asegurarles *nuevas relaciones con las masas* a partir de las iniciativas de las masas, sobre las bases de una nueva ideología *proletaria*, con el fin de preparar la “extinción del Estado”, es decir, su relevo por las organizaciones de masas.

Esta exigencia deriva de la teoría marxista del Estado. Para Marx, los aparatos de Estado no son instrumentos neutros, sino, en sentido estricto, los aparatos represivos e ideológicos *orgánicos* de una clase: la clase dominante. Para asegurar la dominación de la clase obrera y de sus aliados, y preparar a más largo término la “extinción” del Estado, *es inevitable atacar a los aparatos de Estado existentes*. Esto es la “destrucción” del Estado. A falta de lo cual, la nueva clase dominante podría permanecer vencida en su victoria o constreñida a fosilizarse y empantanarse en sus conquistas, [Pág. 47] renunciando a toda perspectiva sería de pasar al comunismo.

Si queremos ejemplos en los que el Estado no ha sido “destruido”, y no está en vía de “extinción”, basta con echar una ojeada hacia los países socialistas y constatar las consecuencias que de ello derivan. Los dirigentes soviéticos declaran: “En nuestro caso la extinción del Estado pasa a través de su reforzamiento...”.

El hecho de que el problema del Estado sea, como lo decía Lenin, difícil, muy difícil, el hecho de que merezca investigaciones históricas y concretas, así como reflexiones teóricas profundas, es una realidad de hecho. Pero se trata de un *problema real e inevitable* que nos es señalado, de este modo, mediante un elemento necesario de la dictadura del proletariado. Insisto: se trata no sólo del problema del Estado burgués, sino también del problema del Estado revolucionario, igualmente opresivo. E incontestablemente se puede considerar como uno de los mayores intereses del XXII Congreso el habernos obligado a reflexionar acerca de ello.

Pero también es un hecho el que, a causa de haber abandonado por razones políticas evidentes, pero sin razones teóricas serias, el concepto de dictadura del proletariado, es decir, la idea sencilla y evidente de que el proletariado y sus aliados deben *abatir*, esto es, *revolucionar*, la máquina del Estado burgués, para “erigirse en clase dominante” (*Manifiesto*), de [Pág. 48] que deben atacar la sustancia del Estado burgués que heredan, el XXII Congreso se ha privado al mismo tiempo de la posibilidad de pensar la “destrucción” y la “extinción” del Estado, como no sea bajo la forma vaga y edulcorada de la “democratización del Estado”, *como si la simple forma jurídica de la democracia en general pudiera bastar no sólo para tratar y resolver, sino simplemente para plantear de manera justa los terribles problemas del Estado y de sus aparatos, que son problemas de clase y no problemas de derecho*.

¿Puede decirse que está contenida en potencia en el XXII Congreso, o en las consecuencias previsibles del XXII Congreso? De todos modos, tratamos aquí de una experiencia histórica que interesa a todos los comunistas y a todo el movimiento obrero, y que supera ya nuestras fronteras.

He hablado de la necesidad para los comunistas de tomarse en serio la siguiente contradicción: el XXII Congreso habla de la libertad de cara al exterior, pero permanece silencioso en lo que concierne al interior.

Es preciso, pues, abordar la cuestión del *centralismo democrático*, que rige el funcionamiento del partido y la libertad de los militantes en el partido.

G. Marchais ha insistido sobre la voluntad de cambio *en el partido*. Es evidente que la nueva línea del XXII Congreso tendrá necesariamente repercusiones sobre la vida interior del partido, sobre las formas de expresión y la libertad de los comunistas y, por tanto, sobre la concepción y las prácticas *actuales* del centralismo democrático. Quede claro que, [Pág. 50] para salir de un pasado demasiado bien conocido y para entrar en nuevas luchas, es preciso *modificar algunas de estas prácticas*.

No me corresponde anticiparme sobre las decisiones del partido, de sus militantes y de sus dirigentes. Quisiera tan sólo tratar de enunciar algunas observaciones sobre una cuestión que nada tiene de simple.

¿A qué responde el centralismo democrático? A la necesidad política vital de asegurarse la *mejor* unidad (puesto que “no somos partidarios de la unidad por la unidad”) de pensamiento y de acción posible por parte del partido, con el fin de dar una réplica victoriosa a la lucha de la clase burguesa.

La burguesía cuenta con la fuerza de todo su sistema de explotación, con el Estado y sus aparatos, para llevar a buen fin su lucha de clase. La clase obrera no dispone más que de su voluntad revolucionaria y de su libre organización de lucha, sellada con la unidad de pensamiento y de acción. El centralismo democrático tiene como objetivo esta unidad ideológica y práctica. Su mecanismo es sencillo: las decisiones son, según los estatutos, libremente discutidas y

adoptadas democráticamente a cada nivel de la organización del partido (célula, a continuación sección, luego federación y congreso). Una vez decididas y votadas por el congreso del partido, pasan a ser obligatorias para todos los militantes en la acción. [Pág. 51] A condición de que acepte esta disciplina, cada militante puede conservar su opinión.

En principio, las cosas están, pues, claras: yo diría, incluso, que límpidas. Pero en los hechos resultan ser mucho más complicadas.

En primer lugar, porque este principio (el centralismo democrático) *no puede ser separado de otro principio*, que concierne no a la *unidad*, sino a la *existencia* misma del partido. Del mismo modo que la unidad no es “un fin en sí misma”, el partido no es “un fin en sí mismo”. Si su existencia es vital, lo es *para la lucha de la clase obrera*: para servirle de organización de vanguardia. No tiene, pues, más sentido que el que le viene dado en función de la lucha de la clase obrera o, en sentido más amplio, de la lucha de la clase obrera y popular. De ahí la célebre frase de Lenin: ha de estar *un paso por delante*, y sólo un paso.

Ahora bien, para estar un paso por delante de las masas, y nada más que un paso, es preciso que el partido esté profundamente ligado a las masas, atento a sus aspiraciones, sus contradicciones, a todo lo que suceda de nuevo y de importante en la clase obrera y en las capas sociales que se unen a su lucha. Es preciso que se halle en condiciones de oír y de aprender. En condiciones de comprender a los que hablan y en condiciones, sobre todo, de comprender a los que guardan silencio. Sólo con esta condición puede el partido tomar iniciativas y jugar su papel de vanguardia: sin retrasarse, [Pág. 52] ni estar a la que salta, ni flotar por encima de las luchas.

Si no se cumple esta exigencia fundamental, en concreto, y en todos los instantes, la cuestión del centralismo democrático puede convertirse en una cuestión formal. Y algunas de las disposiciones y de las prácticas que aseguran, bajo determinadas formas “interiormente” satisfactorias, la unidad *interna* del partido *pueden* trabar su función de vanguardia en la lucha de clases obrera y popular. Porque la unidad interna del partido no tiene más que una razón de ser: servir a la lucha de clases obrera y popular, que, en lo esencial, transcurre fuera del partido propiamente dicho, entre las amplias masas.

Es a partir de ahí cuando las cosas pasan a ser complicadas y han de ser tratadas políticamente: no sólo en función de la literalidad de los estatutos, no tan sólo en función del principio de unidad interna, sino en función del *papel de vanguardia* del partido, es decir, de su política en su estrecha relación con las masas.

Por ejemplo, la cuestión de la elección de los delegados al congreso. Es bien sencillo hacer notar que han sido elegidos mediante un escrutinio mayoritario ¡con tres vueltas! (células-sección, secciones-federación, federación-congreso), que no se puede decir que sea “en sí” muy “democrático” que digamos, y que

conduce, de hecho, a eliminar toda *diferencia* [Pág. 53] en las sesiones plenarias del congreso, lo que da lugar a decisiones unánimes (lo que no es, “en sí”, forzosamente algo malo), *pero sin discusión*.

En la intervención televisada en que se mencionó el abandono de la dictadura del proletariado, G. Marchais había expresado con fuerza el deseo de que el XXII Congreso fuera “vivo” y que se desarrollara en él una “verdadera discusión”. G. Marchais hablaba naturalmente de las sesiones terminales del congreso, puesto que todo el mundo sabe lo vivas que son las discusiones en las células, las secciones y un gran número de federaciones. Ahora bien, con la estructura del partido, su aparato que controla el proceso de la vida interior, los hábitos contraídos por este aparato y también por los militantes, así como con este modo de escrutinio por eliminaciones sucesivas, el deseo del propio secretario general del partido no podía más que quedarse en un simple deseo. No ha habido una verdadera discusión en el XXII Congreso: se han registrado enmiendas de detalle, y los oradores no han hecho otra cosa que parafrasear el documento.

La cuestión del modo de elección de los delegados (algo que puede ser fácilmente mejorable) no es decisiva. Pero su existencia puede ser el indicio de la existencia de un cierto *sistema de filtro* que funciona “naturalmente”. Es de temer que no sólo funcione con ocasión de las elecciones de delegados o de responsa- [Pág. 54] bles: como es de suponer que no funcione sólo *de abajo arriba* (cosa que rápidamente se le ocurre a uno), sino también, llegado el momento, *de arriba abajo*. ¿Cómo, si no, explicar, al margen de este doble filtro, el hecho de que el público deseo de G. Marchais no haya tenido consecuencia alguna?

Personalmente, no me detendré en consideraciones formales (importantes, pero secundarias). Porque la cuestión del centralismo democrático no puede reducirse a una cuestión jurídica: es, *ante todo, una cuestión política y teórica*, es también una cuestión *histórica*.

Sabemos que la historia de las organizaciones de lucha de clases del movimiento obrero, e incluso del movimiento comunista, ha sido muy agitada: se ha visto marcada no sólo por conflictos entre organizaciones, sino por escisiones, y, en el interior de las organizaciones, por la creación de fracciones y por luchas de tendencias, con frecuencia muy violentas. Y, en cada ocasión, la cuestión de las formas de organización se ha visto más o menos implicada en las luchas, a veces directamente.

Fue Lenin quien introdujo el centralismo democrático como forma de organización por excelencia del partido revolucionario. Gramsci, que lo oponía al “centralismo burocrático”, decía que el centralismo democrático es “una idea plástica”: señalando así que no es inmutable, sino que puede cambiar de formas. Es preciso saber que Lenin estaba contra las fracciones y [Pág. 55] que tuvo que batirse él mismo en el interior de un partido en que existían tendencias organizadas. ¿Se dirá entonces: *fracciones no, tendencias sí?*

Si queremos ser serios, convendrá, en primer lugar, precisar los términos que empleamos.

En todo partido comunista vivo, es decir, no sólo unido, sino también realmente abierto a las masas, existen forzosamente diferencias de opinión, o incluso divergencias y hasta contradicciones, hay corrientes, e incluso tendencias, que por lo demás varían con los momentos y los problemas de actualidad. ¿Por qué? Ello deriva de la diversidad de origen social de sus miembros, de la naturaleza de su ligazón con las masas, de los ecos de la lucha ideológica y, por supuesto, de la complejidad de los problemas políticos del momento en cuestión. En tal o cual partido comunista vecino, los propios dirigentes confrontan públicamente, en el curso de las sesiones del comité central, sus opiniones, diferentes e incluso divergentes, sobre la política a seguir, antes de saldar su decisión. Un partido vivo no sólo no teme estas diferencias, sino que es su expresión y su confrontación lo que da fuerza a las decisiones tomadas en común. Entonces la unanimidad es plena, y como está enriquecida por toda la discusión, el partido se ve con ello reforzado.

Ahora bien, una cosa son estas *diferencias*, etc., y otra cosa son las *tendencias* jurí- [Pág. 56] dicamente reconocidas, autónomas y, por tanto, *organizadas*.

Las tendencias organizadas han existido, es una cuestión de hecho, en el partido bolchevique de Lenin.

Si se trata de ser serio, hay que hablar del *partido francés de hoy*.

El reconocimiento de tendencias organizadas me parece implantable en el partido francés. No me ajusto aquí al lenguaje de la oportunidad. Hay que saber de dónde se viene y adónde se quiere llegar. Creo que el partido espera hoy *algo diferente*, y creo que tiene razón.

Los comunistas saben o presienten que en la existencia de tendencias organizadas hay una amenaza a la unidad y, por tanto, a la existencia y eficacia del partido. Saben o presienten que esta forma de *representación de las opiniones* no corresponde realmente a su objetivo ni a sus condiciones de lucha.

Por dos razones. *En primer lugar*, porque el partido comunista no está constituido por individuos poseedores de opiniones cualesquiera y por su “resultante” electoral, sino que se recluta y vive de un modo diferente: *sobre la base de la lucha de clases obrera y popular y de la teoría marxista* (representa una de las formas históricas de su “fusión” histórica). *En segundo lugar*, porque el objetivo del partido no es en sí el de representar opiniones, sino el de unir a todos los trabajadores, obreros e in- [Pág. 57] telectuales, a aquellos más conscientes, en una voluntad y una fuerza comunes, para dar una organización revolucionaria a la lucha de clases obrera y popular.

Hoy, el partido espera *algo distinto* y tiene razón. Porque si se rechazan las tendencias reconocidas y organizadas, no es para recaer *más atrás* de esta práctica política, hacia una menor libertad o hacia el aplastamiento de toda libertad en el partido (como bajo el “estalinismo” o sus variantes), sino para ir *más allá*, hacia una mayor libertad. No por el placer de “la libertad por la libertad”, sino para responder mejor a las exigencias de la práctica política de vanguardia de la clase obrera, para asegurar una relación más estrecha y más profunda con las aspiraciones de las masas populares, para mejor prepararse de cara a las duras luchas venideras.

Nada de tendencias organizadas, pero sí verdaderas discusiones que no se vean encerradas en los límites de los períodos de congresos, sino que se prosigan, en función de los congresos y de los problemas que se plantean. Nada de tendencias organizadas, pero nada tampoco de “centralismo burocrático”; precisemos: nada de “*sistema de doble filtro*”, nada de esta “división del trabajo” que otorgue a una parte del aparato (ninguna parte puede prescindir del aparato) los medios materiales (escuelas, revistas, prensa) y políticos (responsabilidades) de *pensar en lugar de los militantes*, y de [Pág. 58] imponer, de hecho, en tal dominio, sobre cual cuestión, una decisión arbitraria. Tomo “arbitraria” no tanto en su sentido jurídico como en su sentido político: una decisión que sea fijada al margen de las exigencias y de las posibilidades reales y que, por sus efectos más o menos inmediatos, pueda bloquear el desarrollo de la lucha o la influencia y la irradiación del partido en tal o cual sector. “Que se abran las bocas”, “que no haya maniqués en el partido”, decía M. Thorez para sacar al partido de sus “hábitos”, adquiridos bajo el autoritarismo del período Barbé-Celor. “Los comunistas deben hacer funcionar su cabeza”, ha dicho G. Marchais, para llamarnos a desprendernos de los hábitos de otro período.

Estos llamamientos deben ser tomados en serio. Porque es preciso saberlo: si una parte del aparato tiende en forma “natural” (por mecanismos que necesitarían ser sacados a la luz) a pensar en lugar de los militantes, los militantes pueden contribuir a reforzar esta tendencia demasiado real cuando *renuncian* a “hacer funcionar su cabeza”, a “pensar por sí solos” (Marx), a “abrir su boca”, cuando abandonan, pues, tácitamente, en manos del aparato o de la dirección del partido, aun cuando sea por confianza, la tarea de pensar en su nombre.

Está claro que existen hoy en el partido nuevas expectativas y nuevas exigencias: de nuevas formas de expresión, de comunicación, de [Pág. 59] informaciones, de intercambio de experiencias, de discusiones y de debates.

A partir del momento en que el partido se abre ampliamente hacia el exterior y practica con los no comunistas formas de intercambio y de discusión para fortalecer la unidad popular, esta misma exigencia se hace sentir con mayor fuerza en el interior del partido. Más informaciones (por ejemplo, sobre el funcionamiento real del partido, sus organismos, sus prácticas), mejores análisis concretos, una prensa mejor (en este punto, algunas cosas comienzan ya a ponerse en movimiento), una verdadera libertad de expresión, consecuentemente

llevada, en lugar de quedar confinada en el tabicamiento de las células, en determinados organismos de estudios e investigaciones, o relegada a los cajones de las revistas.

En resumen, un partido al que sus militantes conozcan realmente, en el que los militantes se conozcan mejor, un partido más audaz consigo mismo, que se haya desprendido de los controles puntillosos y tendenciosos que en él han medrado, un partido libre en su interior para estar más abierto hacia el exterior, más atento a las masas populares.

No son éstas más que algunas indicaciones. Pero, en la situación actual, ha de ser posible emprender una discusión sobre las formas y las prácticas del centralismo democrático en el partido: teniendo como objetivo *su mejora* y, por tanto, *su modificación*. Una discusión [Pág. 60] que tenga por objetivo la búsqueda y la definición de estas nuevas formas concretas que permitan, al mismo tiempo que evitan las tendencias, una mejor información, verdaderas discusiones, más amplias, no académicas, y de las que se extraigan consecuencias, bajo la unidad de la lucha de clases y de la teoría marxista.

¿Que estas medidas van a revelar diferencias, o incluso problemas y aún contradicciones? ¡Qué importa! Es infinitamente mejor que todo se exprese, antes que dejarlo latente en el silencio. Todos los militantes saldrán ganando con ello en información y en experiencia, y el partido ganará una unidad más profunda, para servir mejor a la lucha de clases del movimiento obrero y popular.

Porque, una vez más, *la unidad del partido* no es realmente fuerte, a no ser que garantice *la unidad decisiva del partido con las masas populares*.

Si el partido plantea y afronta este problema en términos marxistas, y sin evitar cuestiones que, con tanta frecuencia, no pasan a convertirse en delicadas *sino* en la medida en que no son abordadas con franqueza y a tiempo, contribuirá, por su cuenta, al necesario cambio al que el propio partido está llamado, por el estado actual de la lucha de clases y por el gran movimiento popular en curso.

Y pasará a ser *el partido del XXII Congreso*.